

y debajo de las repisas. Leen de pie, protegidos del frío con pesadas capas y sombreros, con un pie recargado sobre un tubo para aligerar la presión de sus cuerpos. La lectura no podía ser confortable en la época del humanismo. De modo que si los libros-objetos y los escenarios en que son leídos cambian, los significados también cambiarán. Cuando Isabel Quiñónez explica que Fernández de Lizardi se dirigió a un nuevo mecenas llamado el *público* y no ya a una institución u hombre poderoso para publicar sus textos, está reflejando un nuevo significado social de la lectura, por el hecho

mismo de la aparición de esa masa amorfa intangible que era el público.

Para terminar retomaré un ejemplo más. Cuando Liborio Villagómez habla de la preocupación de los libreros por crear una mejor distribución de sus libros, supone que el motivo es difundir la civilización europea y sobre todo la española, para más adelante concluir que el arte de imprimir ejerció desde un principio, en el siglo XVI, una influencia psicológica primordial en el pensamiento de quienes se arrojaron a la conquista. Si bien es cierto que la ambición del oro y el

deseo de aventura los empujó a invadir otros pueblos, éste fue un deseo alimentado por una gran cantidad de libros de caballerías que las prensas españolas producían, y en las que se describían tierras lejanas en las que abundaba la riqueza. Esto reafirma la idea de Chartier de que una mejor circulación transforma formas de sociabilidad permite nuevas ideas y modifica relaciones de poder; pero si las aventuras narradas en los libros de caballería llevaron antaño a muchos hombres a aventurarse por mares desconocidos ¿cuál es la aventura que hoy nosotros jugamos después de leerlos?

Las mil y una historias del libro

Lourdes Villafuerte García

“Breves comentarios sobre algunas cosas relacionadas con el papel indígena”, de Hans Lenz; “Forma y contenido de los impresos del siglo XVI en la Biblioteca Nacional de México”, de Jesús Yhmoff, y “La transferencia de los grabados novohispanos del siglo XVI”, de María Isabel Grañén.

La lectura de estas tres ponencias nos pone ante el amplio mundo que rodea la producción del libro. Pocas veces, al mirar o leer un libro, pensamos en los múltiples procesos que deben cumplirse y en la cantidad de personas que intervienen para que el libro exista: el escritor, el editor, el impresor, el ilustrador, el grabador, el librero, el lector...

La tecnología relacionada con la

producción de libros se asocia de inmediato al nombre de Gutemberg de Maguncia, ya que la imprenta de tipos móviles inventada por él a mediados del siglo XV marca el importantísimo paso de la producción limitada de libros a la de gran escala, lo cual significa al mismo tiempo una mayor difusión.

El trabajo de Hans Lenz nos pone ante una evidencia: la tecnología aplicada a la producción libresco no se reduce a la imprenta, sino que debe ampliarse a la producción de los materiales escríptorios. Lenz se refiere a uno de los más importantes: el papel.

Hans Lenz nos presenta en su trabajo una detallada disección del papel utilizado por los nahuas y mayas para elaborar sus códices. Así, nos da cuenta de un con-

cienzudo análisis químico que él mismo llevó a cabo para determinar que el material utilizado para pintar 44 códices poscolombinos, que se creía eran de fibra de amate, que se creía eran de fibra de amate.

La puntual descripción que hace Lenz del proceso que se llevaba a cabo para la elaboración del “pseudopapel” utilizado en el área maya y en el centro de México, nos da noticia de los procesos seguidos para su elaboración: maceración, batido, aglutinamiento, alisado, etcétera. Lenz no se queda en el análisis químico del papel, sino que va también hacia el análisis de los colorantes utilizados para pintar los códices, para lo cual se vale de la espectrografía. Nos enteramos así de que se usaron colorantes de origen vegetal, mineral y animal, como la cochinilla y el púrpura.

Con los colorantes de origen mineral nos damos cuenta de la iarga experimentación de los tlacuilos para lograr los colores y las técnicas adecuadas de aplicación que permitieran la sobrevivencia.

Lenz se detiene en dos aspectos con respecto a la importancia del papel entre los indígenas: los vocablos que nombran al papel y la importancia de éste como objeto de tributo. Los vocablos que nombran al papel se asocian a menudo con entidades cosmogónicas y sagradas, lo cual nos lleva a pensar que los nahuas y los mayas sentían gran reverencia por la escritura y por el papel que la soporta. Por otra parte, el tributo dado en papel, si consideramos su volumen, habla por sí mismo de la importancia que tenía como un bien de intercambio.

Poco podría agregar a lo expuesto por Hans Lenz, sólo manifiesto mi curiosidad y mi deseo de saber más acerca de la evolución de los materiales escriptorios y de los soportes de imprenta, pues es importante señalar la repercusión que estos materiales tienen para una mejor y más rápida producción de libros.

Es innegable que la invención de la imprenta de Gutenberg hace posible el paso de la producción y difusión limitada del libro manuscrito a una producción y difusión mucho más amplia, pero es necesario ponderar la importancia que tuvo en este proceso la evolución del soporte del libro de pergamino al papel de fibra de algodón. Para darnos una idea, pensemos por un momento que es más fácil producir mil hojas de papel de fibra de algodón que mil hojas de pergamino.

El hecho de producir papel más rápido, fácil y barato contribuyó sin duda a que el tiraje de libros se incrementara con el paso de los

años, llegando a realizarse ediciones de dos mil ejemplares en el siglo XVI. Esto contrasta con ciertas ediciones actuales de libros académicos, cuyos tirajes son de sólo mil ejemplares.

Faltaría por estudiar otro personaje importante de la historia del libro: la tinta. Poco se ha dicho acerca de la evolución de las tintas; en los manuscritos pasan de las de origen vegetal a las de contenido mineral, especialmente de hierro. Cabe preguntarnos ¿cuál fue la evolución de las tintas para imprimir? Este es un tema no desconocido para los restauradores, pero para los interesados en conocer la historia de la tecnología aplicada a la producción de libros es un tema por averiguar.

Jesús Yhmoff nos muestra las portadas de libros como fuente de valiosos datos. María Isabel Grañén fija su atención especialmente en los grabados que los libros contienen, no sólo como obra de arte sino como un dato importante que no se percibe a simple vista.

Al parecer, es una necesidad tanto de editores-impresores como de lectores que los libros además de útiles sean bellos. Aunque María Isabel Grañén describe con precisión los grabados, su interés principal no es el análisis estético del grabado, sino el rastreo del origen de las planchas xilográficas que se utilizaron en América.

Es notorio que María Isabel ha dedicado mucho tiempo a esta labor. En este trabajo nos muestra el largo viaje emprendido por cinco planchas xilográficas desde Alemania e Inglaterra hasta México, de donde saldrían hacia Perú.

La costumbre de poner orlas en las portadas fue adoptada por Juan Pablos, primer impresor de América, de los impresores alemanes vecindados en Sevilla. El ejemplo que presenta Grañén es una orla

utilizada por primera vez por los Compañeros Alemanes en una imprenta sevillana en 1499, vuelta a utilizar por Cromberger (1515, 1519, 1526 y 1535) y luego por Juan Pablos (1543, 1544, 1545, 1546 y 1550) quien la trae a América. La plancha se utiliza en nueve ocasiones a lo largo de 51 años. El segundo ejemplo es un grabado inglés de Edward Witchurch que figuraba en el libro de rezos de Eduardo VI en 1549. Volvemos a encontrar esta plancha en América en la imprenta de Juan Pablos (1554 y 1559) y luego en la de Juan Ruiz (1634). El tercer ejemplo, una crucifixión de origen alemán, fue utilizada por Juan Cromberger (1530 y 1531) y por Antonio de Espinosa (1561 y 1565), aunque no por Juan Pablos. La plancha que más veces cambió de manos fue la de San Agustín de Hipona, utilizada por cinco impresores en Nueva España a lo largo de 23 años: Juan Pablos la utilizó en 1554 y 1556, aparece luego en una impresión de Pedro Ocharte en 1571, pasa a Antonio de Espinosa quien la usa en 1575, Pedro Balli vuelve a imprimirla en 1575 y 1576, pasando después a manos de Antonio Ricardo quien la imprime en 1577. El último ejemplo es un Jesucristo de perfil que utilizan sucesivamente Antonio de Espinosa (1565 y 1569), Pedro Ocharte (1578) y Antonio Ricardo (1578 y 1584).

Las planchas de grabado xilográfico eran utilizadas por largo tiempo una y otra vez, pasando de un impresor a otro, a veces por herencia como fue el caso del San Agustín de Hipona. Sólo cabe una pregunta que hacer a María Isabel Grañén: ¿cuándo comienza el grabado concebido y realizado en Nueva España?

Para terminar de comentar el trabajo de esta investigadora, quiero señalar que es notable la presen-

cia de las mujeres en el oficio de imprimir: la viuda de Meinardo Ungut, Comincia Blanquis (casada en segundas nupcias con Jacobo Cromberger y que lleva consigo la herencia de su esposo, que no eran sino materiales de imprenta, entre ellos las planchas de grabado xilográfico), la viuda de Juan Pablos, Gerónima Gutiérrez (quien cede las prensas a su yerno Pedro Ocharte, cuya segunda esposa continúa como impresora al quedar viuda). Es cada vez más notorio que la antigua idea de que las mujeres eran sumisas y apagadas nada tiene que ver con estas mujeres de empresa.

Si Hans Lenz disecciona el papel utilizado por los indígenas, Jesús Yhmoﬀ lo hace con el libro moderno. La enorme experiencia que posee como bibliógrafo por el hecho de haber catalogado tantos libros de la Biblioteca Nacional de México, hace que Yhmoﬀ nos brinde una descripción detallada, desde la portada hasta el colofón, de los libros que alberga el Fondo Reservado. Llama nuestra atención acerca de la importancia que tienen los datos otorgados por el propio libro para así averiguar su historia.

Yhmoﬀ divide su trabajo en *forma y contenido*. En lo que se refiere a la forma describe la portada, el cuerpo de la obra, las piezas finales y el colofón. Las portadas de los libros nos dan importantes datos, entre ellos la marca tipográfica, que aparte de tener divertidos nombres y diseños aporta la identificación del tipógrafo. El pie de imprenta no nos es desconocido. Libros del siglo XVI que Yhmoﬀ presenta nos hacen apreciar mucho más el valor de estos datos: el lugar nos informa que durante el siglo XVI novohispano llegaron libros desde diversos lugares de Europa y América, entre los cuales destacan por su producción Es-

paña, Alemania y sobre todo Francia; la mayor parte de los libros examinados por Yhmoﬀ fueron impresos en París y Lyon. Este dato nos habla del viaje hacia América emprendido por el libro europeo, como puede constatarse en el trabajo de José Abel Ramos "Los orígenes de la literatura prohibida en Nueva España en el siglo XVIII" (*Historias*, núm. 6).

En el pie de imprenta se consigna el nombre del impresor-editor, a través del cual sabemos no sólo quiénes ejercieron el oficio, sino que éste se trasmitía de padres a hijos, pues en repetidas ocasiones se menciona a la esposa (o viuda) y a los herederos.

Uno de los elementos más vistosos de las portadas son las ilustraciones que hay en ellas. La combinación de tipos y colores en la portada nos habla de una intención clara: el libro no sólo debe ser útil sino hermoso. La decoración de los frontispicios con motivos ornamentales proporciona importantes datos para seguir con cierta seguridad el viaje de las planchas de grabado xilográfico, como lo muestran Jesús Yhmoﬀ y María Isabel Grañén.

En lo referente al cuerpo de la obra, Yhmoﬀ destaca que, al parecer, en el siglo XVI, los impresores tenían la intención de hacer más fácil al lector la consulta de las obras, pues éstas contaban con diversos instrumentos que lo permitían: cornisas, títulos y subtítulos, notas, líneas numeradas, etcétera. Las piezas finales, que no son sino los índices de materias, lugares o referencias al derecho canónico, no hacen sino poner a suspirar al lector moderno, sobre todo de libros académicos, pues actualmente, para aminorar costos, se pretende sacrificar el aparato crítico, se restringe la bibliografía al mínimo y los índices se reducen al de capitula-

do. Los índices onomásticos, topográficos y sobre todo los utilísimos índices analíticos son ya objeto de añoranza.

Acercas del *contenido*, la ponencia de Yhmoﬀ habla por sí misma. El panorama que nos presenta de los temas y autores que se encontraban en las bibliotecas conventuales podría decirse que es el panorama de la lectura entre los miembros de las órdenes religiosas: literatura, historia patristica, teología (que era la ciencia en esa época), doctrinas, clásicos grecolatinos, filosofía, místicos españoles etcétera.

Con lo dicho por Jesús Yhmoﬀ acerca de la forma y contenido en los libros del siglo XVI que contiene el Fondo Reservado, nos damos una idea de los que se leía en Nueva España. Nos damos cuenta también de la calidad y el valor que tienen los acervos de la Biblioteca Nacional de México, pues cuenta con un fondo valiosísimo de incunables y obras como las descritas por Yhmoﬀ, además de otras científicas, de geografía, geometría, arte y muchos temas más.

Es necesario señalar lo importante que resulta la tarea comenzada por nuestro homenajeado Ignacio Osorio Romero para el rescate y catalogación de las valiosas colecciones del Fondo Primitivo de la Biblioteca Nacional, pues el avance de esta tarea redundará en el conocimiento acerca de la historia del libro. He tenido la fortuna de ser testigo del entusiasmo con el que se ha emprendido este trabajo; Roberto Beristáin me ha guiado por las entrañas del Fondo Primitivo, ese laberinto maravilloso cuyas paredes están formadas de libros y más libros. Mi estancia en ese mundo de papel, tinta y pensamiento ha sido una de las más gratificantes que he tenido.

En esta sesión hemos hablado

de procesos de producción, de materiales escritorios, de transferencia de grabados, de tinta, de papel,

de impresores, de viudas, de forma y contenido; hemos hablado, en fin, del mundo del libro. Para ter-

minar sólo resta recordar que en la tinta y en el papel de un libro hay mil y una historias que contar.

